

CUESTA FERNÁNDEZ, Raimundo (2019). *Verdades sospechosas. Religión, historia y capitalismo*. Madrid: Visión Libros, 293 pp.

Verdades sospechosas es básicamente un ensayo de antropología social y cultural que se centra en uno de los elementos constitutivos de las sociedades humanas, la religión, y que se hilvana con dos hilos conductores entretreídos, la historia del pensamiento y la sociología. La primera representada por los, en palabras de Paul Ricoeur, tres grandes *maestros de la sospecha* contemporáneos (Marx, Nietzsche y Freud) y la otra por dos pioneros de la sociología (Durkheim y Weber) y un intelectual complejo, oscuro e inclasificable (Benjamin), a los que se añade la aportación de Bloch, pensador de la utopía, marxista e inspirador de algunas de las teologías de la liberación actuantes en el pasado siglo xx y que sirve de puente entre el objeto de estudio (la religión/utopía) y las herramientas para abordarlo (pensamiento crítico). Siete grandes pensadores que han construido herramientas para analizar, comprender y profundizar desde puntos de vista muy distintos, no siempre complementarios, en las diversas facetas que presenta un fenómeno tan poliédrico y sustancial, y que suministran al autor un amplio espectro de ideas y de sugerencias en las que fundamentar su reflexión.

La mirada sobre el fenómeno religioso, aunque se centra en el cristianismo, es en realidad mucho más amplia tanto en el espacio como en el tiempo, lo que puede hacerse por la unicidad del fenómeno a pesar de su gran diversidad y riqueza cultural y de su carácter dinámico. Pues, aunque no sea independiente de condicionantes sociales, la religión trasciende las diversas culturas, se adapta a sus diversas evoluciones e incide en ellas de múltiples maneras.

Pero en la sociedad moderna el declive de lo sagrado avanza por la secularización

de la vida, que se despoja de significación religiosa, con la consiguiente decadencia de los ritos. Así es que estamos ante un fenómeno de carácter dinámico, como el de las sociedades que le dan vida, que evoluciona hasta transmutarse y convertirse en otra cosa en nuestra época, al punto de que, para Benjamin, en realidad hoy el capitalismo *es la religión*. El capitalismo como religión, apuesta que yo veo arriesgada y que no deja de plantear retos de formidable complejidad a las ciencias sociales.

De este sugerente trabajo de reflexión y de síntesis destaca, en primer lugar, la estimulante selección de los autores y el uso de una bibliografía reciente y relevante que su autor administra, me parece a mí, más como báculo en que apoyar y reforzar sus tesis que como suministradora de la materia prima de la que parte, pues esta materia prima es producto de la propia reflexión del autor que, tras largos años de lecturas, encara con autonomía, madurez y sentido crítico tan arduo fenómeno social, convertido en objeto de estudio peculiar. Peculiar, sobre todo, por la imposibilidad de separar religión, educación religiosa, de nuestras vidas, de nuestras vivencias íntimas, lo que en cierto modo implica que analizar el fenómeno religioso tiene también, *velis nolis*, algo de autobiográfico, algo de introspección que bien podría enturbiar la visión de un fenómeno cultural complejo que forma parte intrínseca de nuestra *mentalidad*, de nuestro imaginario colectivo y personal sobre el mundo, la vida y la sociedad. Así es que la peculiaridad se traduce en dificultad de estudiar la cuestión religiosa, pues estamos ante un caso en que, simultáneamente, el objeto y el sujeto se condicionan, se *contaminan* mutuamente: el objeto de la investigación implica al sujeto que lo analiza y pretende conocerlo, y a su vez el sujeto tiene una experiencia íntima y una lectura del objeto previa a su investigación.

Aunque desiguales, notables resultan las contextualizaciones de las diversas

aportaciones críticas y sociológicas de los pensadores seleccionados, pues el autor no se limita a señalar en su discurso las ideas y observaciones de sus siete elegidos, sino que indaga en la genealogía de su pensamiento y nos descubre los áridos y a veces tortuosos caminos intelectuales y personales por los que han transitado, lo que hace mucho más inteligible el mensaje explícito e implícito que transmite este libro. Así es como aparece recurrentemente la interesante idea de las relaciones entre el judaísmo (como patrón cultural determinado) de los autores elegidos (Marx, Freud, Durkheim, Benjamin, Bloch) y el desarrollo del espíritu crítico tanto como el arrojo para expresarlo en un medio social refractario que, a la postre, no les traerá más que disgustos, marginación y censura.

Y todo ello expresado, y también se debe destacar, con una prosa suelta, ligera, por momentos elegante y muy cuidada, lo que no es un mérito menor en una época en que se suele practicar una redacción descuidada y oscura, especialmente en el tratamiento de temas tan complejos y arriesgados como este.

La selección de los autores no es ajena al mundo de las simpatías del autor, que propician un tratamiento *especial* y, también, una contención muy matizada de la crítica a sus aportaciones; señalo esto porque una vez se obtiene el hábito de sospechar de las verdades que se nos aparecen, es necesario sospechar de todas, y con el mismo entusiasmo. Simpatía que, sospecho, se cimienta en el carácter heterodoxo y ajeno a *maestros y a escuelas* de pensamiento concretas que exhiben estos autores, que dibujan así el *ideal* de intelectual, de raigambre liberal-burguesa, que el autor comparte, crítico, independiente, osado en la parresia e irreverente con muchas de las convenciones sociales y las necesidades creadas.

Los tres maestros de la sospecha, Marx, Nietzsche y Freud (y su precedente

Feuerbach), que cubren un siglo de la historia del pensamiento, han afrontado el proceso de deconstrucción del teísmo filosófico, y, a la vez que cuestionan la religión, han puesto en solfa las bases mismas del pensamiento occidental, pues sus sospechas se centran en la sociedad, la política, la economía y la moral. De estos tres pensadores, cuyo estudio ocupa el primer capítulo, Freud obtiene el mejor tratamiento y Nietzsche la máxima benevolencia. Un revolucionario, un *dinamitero* y un intelectual de orden requieren distintos tamices para su filtrado, cierto, pero puesto que juntos se abordan en el primer capítulo, no estaría de más hacer un balance en el que, me parece a mí, Marx quedaría algo desplazado y Nietzsche a años luz. Quizás por ello el texto más amplio se dedica a Freud, que de los tres es, en mi opinión, el que con más fundamento (independiente del grado de aceptación que nos merezcan hoy sus aportaciones) ha abordado el tema de la crítica-explicación de la religión como fenómeno social residente en la mente humana. Raimundo teje los hilos que unen y separan a estos tres grandes pensadores, pero no se pronuncia, pronunciamiento que echo de menos porque al fin y al cabo también eso podemos esperar los lectores de un ensayo tan libremente construido como este.

La misma simpatía, si no más, y un tratamiento amplio y considerado obtiene en el capítulo segundo Ernst Bloch, otro de los destacados santos de la devoción del autor, al que dedica 43 hermosas páginas; páginas que resultan centrales en esta obra porque desarrollan la idea de la naturaleza esencialmente utópica del ser humano y explican cómo la religión es susceptible de suministrar un impulso fundamental en ese anhelo de construir un mundo mejor.

Su esfuerzo por hermanar teología judeocristiana y materialismo marxista (que también ocupará a Benjamin), por concretar el genérico poso utopista de la religión en los afanes de la revolución socialista,

se sitúa en la base misma de las nuevas corrientes revolucionarias que, tras las decepciones provocadas por el marxismo soviético, anidaron en el Tercer Mundo y especialmente en América Latina, en unos teólogos de la liberación y movimientos de cristianos por el socialismo que emprendieron, movidos por su compromiso social y su mundo ideal, un camino muy mal entendido por la jerarquía. En fin, también en estas páginas dedicadas a Bloch y al pensamiento utópico se traza una formidable semblanza del personaje y su itinerario intelectual, complejo, de múltiples influencias no siempre conciliables, y su compromiso por la causa emancipatoria.

El capítulo tercero se dedica a la cuestión del triunfo del monoteísmo, a la construcción de la figura de Jesús y su transformación de judío de Galilea en *hijo de dios*, así como a la que el autor denomina *prodigiosa historia* de la Iglesia cristiana, que seguramente no hubiera pasado de ser una mera e irrelevante desviación de la ortodoxia hebrea (una de tantas) a no ser por Constantino y Teodosio, que son los verdaderos baluartes fácticos del fenómeno. Este capítulo presenta luces y sombras en su desarrollo y en su concepción; por un lado, el tratamiento del monoteísmo podría completarse y mejorarse, por ejemplo no limitándose a exponer únicamente la vía egipcia (Atón), cada vez menos aceptada por los especialistas, y abriendo la opción de Mesopotamia (Babilonia, Hammurabi y su dios Marduk), donde, como primer paso, el panteón se ordenó jerárquicamente no solo como reflejo de la organización social, sino también porque favorecía *la búsqueda de un orden intelectual y una cierta unidad en las explicaciones sobre la naturaleza*.

Por otro lado, para trazar el camino que conduce al monoteísmo, parece necesario referirse a la *monolatría* como etapa previa de transición a su triunfo definitivo desde el politeísmo; y esto importa para

ver que se trata de la historia del poder, pues por entonces Iahvé se nos aparece como un dios subordinado en el panteón cananeo, protector de un pueblo subordinado, que reconoce la existencia de otros dioses en numerosas ocasiones y cuya reafirmación comienza con la exigencia de que su pueblo le adore solo a él, sin confraternizar con otros dioses cananeos; más adelante eliminará incluso el rastro de los demás dioses, absorbiendo sus connotaciones decisivas, cuando los hebreos se conviertan en la fuerza hegemónica en Canaán sobre los demás habitantes de la zona.

En otro orden de cosas, aunque una ágil redacción permite al autor hilvanar un discurso en el que se une el pasado con el presente y se transita de la ideología a la sociedad y a la geopolítica sin solución de continuidad, no veo claro introducir aquí cuestiones tan dispares como la figura de Jesús y su transformación en el Cristo, la *episteme monoteísta*, el triunfo de la Iglesia paulina, la creación del Estado de Israel, la tragedia de Palestina en nuestro tiempo o la geopolítica actual. La parte dedicada a la invención de Jesús de Nazaret plantea muy bien la historia del Galileo, separando el debate de la historicidad del personaje del que defiende su divinidad, dos cosas muy diferentes. Interesa, pues, el análisis del contexto cultural en el que se supone que vivió el hombre luego mitificado; pero quizás sería necesario insistir en que en realidad ese contexto cultural en sentido amplio habla más de la posibilidad de que existiera un personaje así que de una realidad histórica comprobada, cuestión objeto de amplio debate desde al menos el siglo XVIII.

En fin, incompleto, pues, se me antoja este capítulo tercero ya que no quedan claras las razones del triunfo del monoteísmo ni los hitos del larguísimo y contradictorio proceso de fusiones (y descartes) sociales y culturales que necesariamente tuvieron que producirse, ni los múltiples

caminos por los que se adviene al triunfo de un solo dios *verdadero* en un contexto cultural de amplísima tradición politeísta.

El capítulo cuarto, con un esquema similar al primero, es una notable síntesis, llena de ideas e interpretaciones propias del autor, de las imprescindibles aportaciones de tres maestros singulares: Durkheim, Weber y Benjamin.

En mi opinión, habría sido deseable profundizar en la contextualización de la sociología de la religión del primero en el conjunto de su pensamiento sobre la sociedad; Durkheim define la religión por sus funciones sociales: un sistema de creencias, rituales y valores que vincula a las personas en grupos sociales. En *Las formas elementales de la vida religiosa* da un paso más abriendo una veta de reflexión interesante, pues afirma que las religiones primitivas encarnan la idea de sociedad y que los objetos sagrados lo son porque simbolizan a la comunidad. Todo un mundo simbólico que, ampliamente desarrollado por antropólogos y etnólogos de primera línea, mostrará cómo la cultura religiosa consiste en los valores colectivos de una sociedad, razón por la que las ceremonias religiosas refuerzan los valores comunes.

A partir de esta convicción, el autor interpreta la obra y las intenciones de Durkheim como las de un recalcitrante conservador del orden liberal capitalista vigente, casi al modo de su maestro Comte, aunque sin los decorados estafalarios y narcisistas de este. De modo que, como el mensaje del cristianismo se debilita en la sociedad industrial, el sociólogo habría convertido su ciencia en la base de una especie de ingeniería social tendente a crear una *religión cívica*, netamente conservadora, cuyos valores, implantados en los ciudadanos a través de la educación, fueran un eficaz escudo frente a la *anomia*, especie de nihilismo moral que pone en riesgo la civilización. Así es que la religión no sería una simple y útil derivación de las

estructuras profundas de la sociedad, sino una decisiva variable de la conciencia colectiva relativamente independiente y manipulable. Se trata, por tanto, de una vía de interpretación y de comprensión del fenómeno religioso que no puede orillarse aunque no haya dado muestras de ser capaz de dar cuenta de toda la complejidad e implicaciones que otras perspectivas analíticas ponen de relieve.

Amplio y sólido es el análisis de las aportaciones de Weber, a quien el autor incluye, junto con Durkheim y Marx, en *la triada más sobresaliente de la teoría social contemporánea*. Estas páginas muestran bien a las claras el trabajo profundo que Raimundo ha hecho para conocer e interpretar a uno de los más brillantes pensadores sociales contemporáneos. Weber define la religión como un conjunto de respuestas coherentes a los dilemas de la existencia humana que dan sentido al mundo. Así es que la religión es una respuesta a cuestiones esenciales que nos conciernen; de donde se derivaría que todos los seres humanos son religiosos, pues todos nos enfrentamos a esos dilemas vitales; estamos, pues, ante una perspectiva mucho más amplia que la del Positivismo, ante una sociología *interpretativa* que busca más allá del simbolismo de los objetos de culto o de la idea de la sociedad en cada cultura y momento histórico.

Interesante y sugerente es el análisis sobre religión y capitalismo en Benjamin, que viene a ser como la culminación histórica de toda la reflexión anterior. La parte, amplia, que dedica a la vida de este *judío no judío* y a su evolución intelectual en el contexto sociocultural del Berlín de la República de Weimar es clarificadora, aunque resulta en parte ajena al argumento principal del libro. Luego, las páginas dedicadas a las *afinidades electivas*, esa *irresistible atracción* de polos opuestos (teología judaica y materialismo histórico) de tan difícil digestión, resultan muy atractivas, con una profusa argumentación

que, de todos modos, me saben a poco porque apenas disipan la niebla que impide ver con claridad el surtido conceptual y el resultado de tan osado experimento intelectual. Me parece que muchas ideas, argumentos, sugerencias, que se van desgranando apenas se esbozan porque la oscuridad del pensamiento de Benjamin (Raimundo lo califica de *impenetrable y esotérico diamante*), el lenguaje en que se expresa y el carácter fragmentario de su obra no lo facilitan.

Por último, las consideraciones finales tienden a plasmar la idea de que hoy el *totalcapitalismo* no sustenta una religión, sino que *es una religión universal*. Intuición de Benjamin no totalmente aclarada y difícil de sostener, pues no parece que el capitalismo, como *cultura* universal y totalizadora, tenga la trascendencia social e histórica de la religión en el devenir humano. Es una intuición interesante, por supuesto, pero creo que estamos muy lejos de poder afirmarlo. Creo que el nex

más claro que une al uno con la otra se expresa en las ideas de fetichismo y de alienación que, ciertamente, quedan bien planteadas en estas páginas.

Concluyo confirmando que estamos ante un notable trabajo de madurez que supone una excelente y original aproximación, a veces arriesgada, a un tema complejo y relevante para la historia del pensamiento y también para las sociedades actuales. Libro reflexivo, de síntesis, de re-creación, y también comprometido, muy bien escrito y altamente recomendable para aquellas personas que no se han rendido a pesar de la fuerza imponente de un sistema social que impulsa como nunca la alienación, y también para aquellos que, pese a todo, siguen sospechando de ideas, organizaciones y actuaciones verdaderamente sospechosas en el mundo de hoy.

GUILLERMO CASTÁN LANASPA
Doctor en Historia